

JUSTAS POÉTICAS CASTELLANAS

2017

Concejalía de Cultura
Ayuntamiento de **Laguna de Duero**

PREMIO
XLVI
Poesía

CERTAMEN
XXXVII
Cuento corto



Excmo.
Ayuntamiento de
Laguna de Duero



FUNDACIÓN JORGE GUILLÉN



ÍNDICE

Presentación	3
Acta del XLVI Certamen de Poesía	4
José Manuel Martín Portales, ganador del XLVI Certamen de Poesía	5
“Canto Nómada”, Poema ganador del XLVI Certamen de Poesía. José Manuel Martín Portales	6
Manuel Merino Delgado, ganador del XLVI Certamen de Poesía (Local)	10
“Silencio”, Poema ganador del XLVI Certamen de Poesía (Local). Manuel Merino Delgado	10
Acta del XXXVII Certamen de Cuento Corto	11
Leoncio Riol Fernández, ganador del XXXVII Certamen de Cuento Corto	12
“La urna de las cenizas”. Relato Ganador del XXXVII Certamen de Cuento Corto. Leoncio Riol Fernández	13
María del Carmen Alonso Asensio, ganador del XXXVII Certamen de Cuento Corto (Local)	14
“Doce días en Venecia”. Relato Ganador del XXXVII Certamen de Cuento Corto (Local). M ^a Del Camen Alonso Asensio	14
Foto de los premiados junto con el Alcalde y la Concejala	20





PRESENTACIÓN



El 25 de noviembre de 1562 nació Lope de Vega, uno de los poetas y dramaturgos más importantes del Siglo de Oro español. Por casualidades del destino, también un 25 de noviembre hemos celebrado este año la gala de entrega de los certámenes de poesía, cuento corto y microrrelato en Laguna de Duero.

455 años separan ambas fechas que, sin embargo, están unidas por un mismo sentimiento; el amor a las letras. Los ganadores y ganadoras de las Justas Poéticas, desde la primera edición, a través de sus palabras, forman parte ya de ese amor por la poesía y los relatos tan arraigados en nuestro municipio.

Lo que leerán a continuación, en las siguientes páginas, no pretende ser más que un ofrecimiento de acercarles a las personas que tenemos el honor de formar parte de nuestra historia literaria, de nuestro amor verdadero por las letras.

Ya lo dijo el gran Lope de Vega en su obra «Que al amor verdadero no le olvidan el tiempo ni la muerte» por lo que cerramos la edición de este año de las Justas Poéticas con el deseo de que ustedes no olviden nunca al amor verdadero y que lo plasmen, bien en un poema bien en un relato corto, porque nosotros lo recibiremos el año que viene con los brazos abiertos, porque Laguna de Duero tuvo, tiene y tendrá un hueco muy importante guardado para uno de sus grandes amores; la literatura.





ACTA DEL XLVI CERTAMEN DE POESÍA

El XLVI Certamen de Poesía, se falló en el Ayuntamiento de Laguna de Duero el 14 de noviembre de 2017 a las diecisiete horas y veinte minutos, con la inestimable colaboración de la Fundación Jorge Guillén.

El jurado, presidido por la Concejala Delegada de Cultura, estaba compuesto además por:

- D.^a ESPERANZA ORTEGA, escritora, poeta, editora y crítica.
- D.^a M.^a ÁNGELES JIMÉNEZ, médico-psicoanalista y escritora.
- D. ÁNGEL DE CASTRO, escritor.



XLVI PREMIO DE POESIA, dotado con 2.000€ y placa:

Poema ganador: Número 3177, titulado: **CANTO NÓMADA**.

Presentado bajo el lema: **BODION**, siendo su autor

D. José Manuel Martín Portales

domiciliado en Atalaya, Badajoz.



PREMIO LOCAL, dotado con 200€ y placa:

Poema ganador: Número 99, titulado: **SILENCIO**.

Presentado bajo el lema: **TARZÁN**, siendo su autor

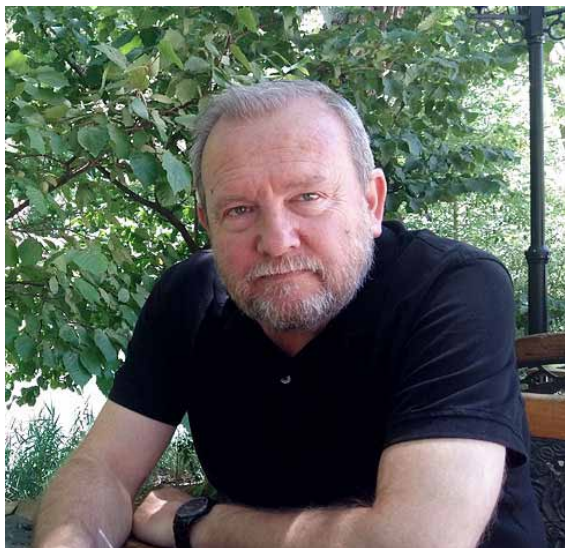
D. Manuel Merino Delgado

domiciliado en Laguna de Duero.





GANADOR XLVI CERTAMEN DE POESÍA



**José Manuel
Martín Portales**

José Manuel Martín Portales (Córdoba, 1959) estuvo vinculado desde 1981 al diario La Voz de Córdoba, y más tarde trabaja como redactor en el Diario Córdoba hasta 2007. De 1991 a 2012 forma parte del consejo de redacción de la revista "San Juan de la Cruz" y ha colaborado en revistas como "Cántico" (Buenos Aires), "Verde Islam" (electrónica), "Suspiros de Artemisa" (Córdoba) y "Hojas en la acera" (electrónica), entre otras, así como en diversas páginas web.

Ha publicado los libros *Lógica de la perplejidad* (premio Bahía 1996) Ed. Bahía, Algeciras, Cádiz, 1997; *El hombre prohibido* (premio Ciudad de San Fernando) Ed. Huerga y Fierro, Madrid, 2004; *El espejo vacío* (premio Provincia de Guadalajara), Diputación de Guadalajara, 2004, *Crítica de la nada* (premio Ciudad de Toledo 2006), Ayuntamiento de Toledo, 2007, *Cuaderno de la pobreza* (premio Eladio Cabañero 2008) Ed. Renacimiento, Sevilla, 2008, *Todavía la noche* (premio Villa del Libro 2011) Fundación Jorge Guillén -colección Maravillas Concretas-, Valladolid, 2012, *La lentitud de los triángulos*, Detorres Editores (Córdoba 2013), *Patio interior* (premio Gabriel Celaya), Ed. Pre-Textos, 2014, y el ensayo teológico *La fractura relacionada. Apuntes para un pensamiento inocente de la revelación 'sucesiva' monoteísta*, (Córdoba, 2001).

Entre otros, ha recibido el premio Villa de la Roda por el poema *Huirá plomo líquido*; el Porticus, por el cuaderno *El ángel. (Ensayo sobre un poeta en el acantilado)*; el de las Justas Literarias de Reinosa 2008, por el poema *La lentitud de los triángulos*, y 2010, por el poema *Dentro de Shakespeare*; el Aula de Poesía Pedro Antonio de Alarcón 2009, por el poema *Palabras de despedida*, y 2010, por el poema *Cronología de un amanecer*; el García de la Huerta 2010, de Zafra, por el cuaderno *Ejercicio de caligrafía*, y las Justas Poéticas Castellanas 2011, de Laguna de Duero, por el poema *Dramaturgia para un pájaro solitario*.

En colaboración con Vicente Haya ha escrito tres libros sobre poesía japonesa: *Haikus de vuelo mágico* (Ed. Azul. Barcelona, 2005), *El monje desnudo* (Ed. Miraguano. Barcelona, 2006) y *99 Haikus de Mu-I* (Mandala Ediciones. Madrid, 2010), y uno sobre teología: *El Dios de la perplejidad* (Ed. Herder. Barcelona, 2010); con Agustín Iglesias, el texto dramático *Noche oscura ¡ahora!*, estrenado en Valencia por la compañía de teatro Guirigai en octubre de 2013; y con Pedro Villarejo, el libro *Amor impaciente. Diccionario poético de san Juan de la Cruz* (Ed. Monte Carmelo, 2014).





Canto nómada

Poema Ganador del XLVI Certamen de Poesía José Manuel Martín Portales

"Me he decidido por la noche intacta"

R. M. Rilke

Poemas a la noche

I

Durante esta larga temporada en la intemperie,
mi casa abierta a la pura soledad del mediodía,
uvas, aún maduras, en sus racimos resecos,
libros ocupando una mesa vacía...

no venía de las lámparas la pequeña ternura
que a veces merodeaba en el rincón oscuro,
no venía de las flores antiguas el aroma tan dulce
que a veces, la ventana entreabierta, descendía
como algo que cae y se extiende, indomable,
sobre el piso gastado.

Durante esta larga temporada en la superficie
me he dedicado por completo a la alabanza
--sin yo saberlo, es cierto, sin apenas saberlo--,

y este himno pequeño, sin memoria,
estas palabras ya sin esperanza,
por completo abrazado sobre el pecho del mundo,
es lo que traigo ahora sobre mi espalda,
curvatura de barro, signo extinguiéndose,
mezcla húmeda aún de sudor y cansancio,

este himno maternalmente huérfano,
humano en la medida de todos mis hermanos.

Durante este tiempo, ancho y breve, sobre la tierra,
ya deshecho en mis manos,
no he querido construir un refugio.

Necesitaba conquistar la soledad, como un ángel vacío.
Sentir que mi corazón había perdido completamente
el miedo.

¡Oh, qué extraña la hermosura de esta noche en la tierra!





II

Como la presencia de algo que ya se ha despedido,
así he sentido el peso de la ternura;
mi corazón es frágil y está acostumbrado
a todo lo que no puede comprender;

y también he sentido, como una hoguera antigua,
el paso de la guerra, su horrible quemadura,
el escozor inmóvil del miedo en todas partes.

¿Acaso alguien me escucha?
No sé quién me acompaña.

Me llama desde el fondo aun sabiendo que no sé obedecer;
yo calculo su rastro de pájaro invisible, estiro una palabra
hacia la ventana entreabierta en la que un niño observa la lluvia:
mi madre bajo el paraguas cruzando la vereda,
ayer..., aún..., quién sabe dónde se oculta el tiempo.

Por más que he intentado comprender el dolor,
no encuentro nada que no estuviera ya en el corazón,
perdido allí por siempre.

No sé quién me acompaña.

Y sin embargo, ¡qué alegría infinita no saber todavía!,
¡que quede todavía algo ajeno y profundo!

¡Oh, qué extraña la hermosura de esta noche en la tierra!

III

No sé si verdaderamente hay algo aquí dentro,
una anchura escondida u oculta, acaso protegiéndose,
o algo abierto que no se muestra porque se extinguiría,
que no aparece porque no puede ser conquistado.

Sospecho que he llegado a ser un hombre solo
que merodea el calibre de esa extrañeza,
después de tanto mundo en todas partes,
tantas calles y plazas, tantas señales hacia los atajos,
la sucesión eterna de los escaparates,
la ciudad circular donde enloquece un pájaro...

Una anchura apagada y radiante,
algo ilimitado de lo que un hombre solo no puede ser consciente.

Lentamente he perdido los números que me circundan:
ahora puedo alejarme de mí mismo;





yo era mi propia compañía
pero ahora la soledad tampoco es eso.

He sido parte de un relato,
la historia me sostenía en sus brazos de bronce
hacia el rellano de las interpretaciones,
hacia los pozos nutrientes donde manan los mitos.

Pero ahora cruzo por un poema
y ya no habrá regreso.

Veo restos vivientes en esta vereda sin destino;
tal vez, verdaderamente, una anchura ha caído sobre las negaciones.

Anduve largo tiempo por un camino; es cierto, yo era un caminante;
pero ya no lo soy; percibo, acaso, una inmóvil urgencia.

Acaso la pregunta comienza a florecer.
No precisa jardín la primavera.

He decidido que toda mi esperanza
permanezca en silencio, no sepa lo que ocurre.

¡Oh, qué extraña la hermosura de esta noche en la tierra!

IV

No me gusta mirar al otro lado:
está aquí, frente a mí, lo que me urge comprender.

Los caminantes me traen bellas palabras,
sus cánticos en la hoguera, ellos celebran
porque cada jornada se encuentran más cerca de su sueño;
los caminantes tienen un futuro habitable, se dirigen,
van siendo en cada instante parte de lo que esperan.

Yo me he encontrado con mi propia inmovilidad perdurable,
ya no puedo saber qué significa esto,
o a qué viene que esté aquí, ahora, y que esto sea todo.

Tal vez esta quietud tampoco me pertenece;
en el margen de los significados
ha desplegado el silencio sus tiendas interiores,

dentro de mi corazón un pueblo nómada ha decidido
que el mundo es suficiente, que el desierto le basta,
la extraña superficie donde se han acumulado huellas borradas,
y que en este recodo la insólita totalidad impone la quietud.





Por turnos, los muchachos protegen el ganado en cercas improvisadas,
las mujeres extienden pañuelos en la arena,
los niños descabalgan y se acercan a la orilla,

no hay duda: dentro del corazón hay un pueblo sediento.

En el frágil brocal de donde manan las palabras
la luna del desierto mece sus túnicas como trenzando signos.

Pero he decidido no leer este mundo.
Ya no quiero habitar una interpretación.

En este rellano de la existencia la plenitud está vacía:
bajo las inmensas constelaciones oigo cantar a un animal herido.

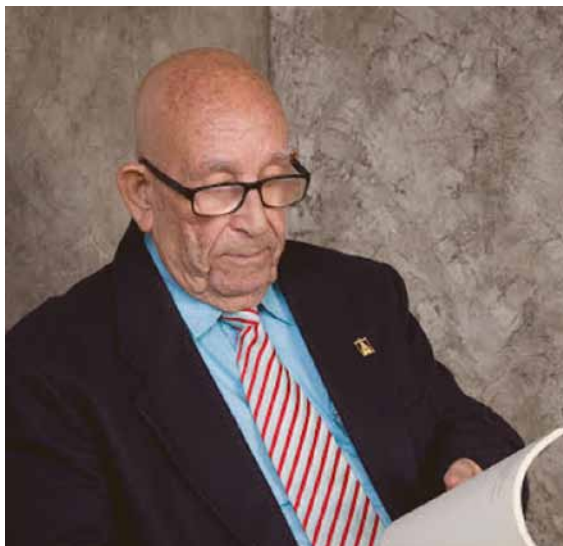
No hay mensaje en su canto.
Clama en lo abierto.

¡Oh, qué extraordinaria hermosura esta noche
que permanece a mi lado sin agotarse!





GANADOR XLVI CERTAMEN DE POESÍA (LOCAL)



**Manuel
Merino Delgado**

Silencio

Poema Ganador del XLVI Certamen de Poesía (Local) Manuel Merino Delgado

Abstención de ruido, omitir, callar,
sonido ahogado al nacer, explosión distante,
fonema que vibra ,que fue o va a existir,
y no se oye.

Melodías que marcaron, llenando espacio,
dejando huellas,
embelesando sensaciones, que pasaron,
emociones, que se hicieron nada.

Es agradable vivir en el silencio,
y volver a escuchar sonidos que acarician el alma.
Estamos inmersos en tempestad de trueno
y el ruido rudo, en solitario, no enamora.

Tenemos la vida guardada en el silencio
y en silencio podemos retornarla.





ACTA DEL XXXVII CERTAMEN DE CUENTO CORTO

El XXXVII Certamen de Cuento Corto se falla en la Casa de las Artes de Laguna de Duero, el día 9 de noviembre de 2017, siendo las dieciocho horas y treinta minutos.

El jurado, presidido por la Concejal Delegada de Cultura, estaba compuesto además por:

- D. ANTONIO ÁLAMO, periodista, escritor y profesor.
- D.^a M.^a JOSÉ GRIJALBA, escritora.
- D. RAFAEL MARÍN, escritor y profesor.
- D.^a GLORIA RIVAS, escritora y profesora.
- D. ANTONIO SALINERO, escritor, poeta y ensayista.



Premio del XXXVII CERTAMEN DE CUENTO CORTO, dotado con 1.500€ y placa:

Trabajo ganador: Número 33, titulado: "LA URNA DE LA CENIZAS"

Presentado bajo el lema: **FÉLIX PASOL**, siendo su autor

D. Leoncio Riol Fernández

domiciliado en Pozuelo de Alarcón (Madrid).



PREMIO LOCAL, dotado con 200€ y placa:

Trabajo ganador: Número 52, titulado: DOCE DÍAS EN VENECIA.

Presentado bajo el lema: **COLIBRÍ**, siendo su autora

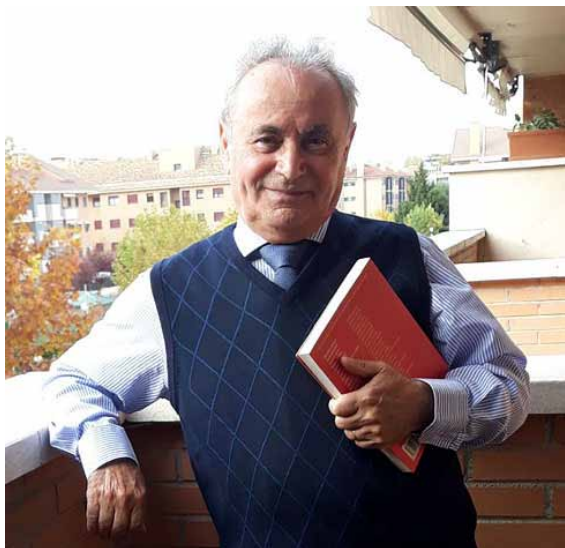
Doña María del Carmen Alonso Asensio

con domicilio en Laguna de Duero.





GANADOR XXXVII CERTAMEN DE CUENTO CORTO



**Leoncio
Riol Fernández**

Licenciado en Filología Moderna por la Universidad de Barcelona.

Profesor de Español y Corrector de Estilo en Londres.

Catedrático de Inglés, jubilado, en Institutos de las Comunidades de Cataluña y Madrid.

Tiene publicado un libro sobre la Didáctica del Inglés y otro sobre Autoevaluación del Inglés.

Finalista de Relatos Breves "Ciudad de Peñíscola".

Finalista del concurso de Narrativa "Buena Fuente".

Hucha de Plata en el Concurso de Cuentos "Hucha de Oro".

Segundo premio en el certamen de relatos "Junto al Fogaril".





La urna de las cenizas

Relato Ganador del XXXVII Certamen de Cuento Corto

Leoncio Riol Fernández

Mi madre, a sus 78 años, se ha ido quedando sola. La culpa no es suya, que es bastante sociable, sino de sus amigas y del marido que se le han ido muriendo. También es culpa mía, que no la visito con la frecuencia que ella quisiera aunque vivimos cerca. Le quedan las vecinas con las que va al gimnasio, además de Clara, la amiga de siempre, que prefiere entrenar su mente para conectarse con los espíritus. Yo creo que Clara, rodeada de espíritus que le dejan encendidas las luces del baño, o le golpean las puertas, o le esconden las llaves, no es la mejor influencia para mi madre, pero prefiero que estén juntas tomándose un chocolate con churros en la calle Arenal a que mi madre esté sola enfrente del televisor.

-No seas tonto, si yo no le hago caso a sus manías espiritistas. ¡Aunque, no te creas, en algo sí debe de tener razón!

Pero mamá le da más crédito a Clara de lo que reconoce. Un día le oí hablar con las cenizas de mi padre. Ella estaba en el estudio donde tiene la urna en uno de los estantes de la librería cuando yo pasaba por el pasillo:

-¿Te gusta mi vestido nuevo?

-¿Con quién hablas, mamá? ¿Conmigo o con las cenizas?

-Con los dos –reconoce ella para disimular.

Clara y ella, además de tomarse el chocolate de la tarde, se apuntan juntas a los viajes del INSERSO o a ir de compras, sin comprar, por la calle Serrano y sus aledaños. Hace unos veinte días me llamó para recordarme por décima vez que al martes siguiente se iba con su amiga Clara a Tenerife y que yo tendría que ir a regarle las plantas exactamente cada tres días.

-Sí, mamá. Iré por ahí, no te preocupes. Cada tres días.

-Pero tú sólo, ¿eh? ¡Mira que te conozco! Ni se te ocurra venir con el perro. A ese saco de pulgas lo dejas en tu casa. Prométeme que no meterás a ese asqueroso chucho en mi piso.

Mamá no traga a Mirlo desde que al pobre cachorro se le ocurrió mearle el sofá recién tapizado. Eso fue el primer día que lo llevé por allí. Pero a Mirlo parece que la animadversión de mamá le da alas y él no cesa de babear frente a ella esperando una caricia. A veces le adorna la falda con el barro de sus patas. Otra razón más para que ella abomine del inocente Mirlo. Es su manera de quererse.

-Tranquila, mamá. Te prometo que no llevaré pulgas conmigo a tu casa y que tus plantas no se morirán de sed.





El martes volvió a llamarme desde el aeropuerto para explicarme que la casa le había quedado hecha un completo desorden, pero que yo me limitase a regar y nada más. No debía tratar de ordenar nada porque yo no sabría hacerlo.

-¡Y nada más! ¿Me entiendes? No pude ordenar nada porque el insensato del taxista no paraba de llamar al timbre. Yo lo ordenaré todo cuando regrese porque tú eres un manazas. Te vas directo a la terraza a regar; y después, a tu casita.

-De acuerdo, mamá. No pienso ordenarte nada. Venga, que tengáis buen viaje tú y Clara. Dile de mi parte que no suba al avión cargada de espíritus porque a lo mejor le obligan a pagar el sobrepeso. O se os hunde el avión sobrecargado con tantas energías.

El jueves sospechaba que las plantas no necesitarían riego todavía, pero, aprovechando que había salido a pasear a Mirlo por el parque de Aluche, decidí prolongar un poco más el paseo y llegarme a la calle Camarena para regar las plantas. Mi madre no se enteraría de que Mirlo había estado en su casa y así yo mataba dos pájaros de un tiro. Nada más abrir la puerta, pude comprobar efectivamente que mi madre había abandonado la casa en estampida: un bolso antiguo estaba caído junto al mueble del recibidor y a su lado se desparramaban recetas e informes médicos, unos más arrugados que otros; también una cartilla de la seguridad social, aunque probablemente no la necesitaría ya que tiene otra de jubilada; en la mesa del comedor había algunas prendas de ropa, que probablemente habría tenido que abandonar allí a última hora porque la maleta no cerraba. Nunca había visto yo tanto desorden en casa de mi madre, lo cual era señal de que el taxista la habría amenazado con marcharse o algo parecido.

-Mirlo, siéntate ahí y no te muevas –ordené al perro y yo crucé el comedor directamente hacia la terraza.

Regué las plantas enseguida para iniciar el regreso a casita antes de que Mirlo se impacientara. Pero, cuando llegué al recibidor, comprobé que Mirlo ya se había impacientado y, sin obedecer mi orden, había decidido inspeccionar la casa que la dueña le tenía prohibida. En ese preciso momento, Mirlo salía de la habitación que había sido estudio de mi padre. Venía por el pasillo resoplando algún componente parduzco que le cubría el hocico y que yo no alcanzaba a imaginar dónde habría conseguido. Entré en el estudio y pronto salí de dudas: Mirlo había derribado las cenizas de mi padre. La urna yacía rota, con casi la mitad de ellas desparramadas sobre el parquet. Seguro que Mirlo las olió por comprobar de qué se trataba y de aquella forma se había untado el morro. Yo no sabía dónde esconderme ni por dónde comenzar a componer el desaguisado. Por suerte, un momento de lucidez me inspiró a largarme de allí con Mirlo antes de que las cosas fueran a peor. Por la noche tracé el plan a seguir: volvería a casa de mi madre, esta vez sin Mirlo, para recoger todas las cenizas. Trataría de recomponer la urna para hacerme idea del modelo y ver si lograba adquirir otra idéntica. Incluso me preocupé de llevar la cámara digital para hacerle una foto. Y, por si hubiera alguna duda, en la visita a la funeraria de la Latina llevé conmigo los dos aros metálicos que no habían servido para detener la fractura de la cerámica. Enterarme del modelo fue más fácil de lo que yo pensaba. La muchacha de recepción en seguida reconoció el modelo en la pantalla de mi cámara:





-Sí, ese es el modelo U-212 ; y, si no, el U-222.

Se me iluminó la cara mientras ella comprobaba unos catálogos. Por desgracia, se me apagó enseguida.

-Efectivamente es el 212. Fue descatalogado el año pasado. ¿Ve? Ya no está en el catálogo de este año.

-¿Qué puedo hacer para conseguir una? ¿No habrá ningún almacén...?

La muchacha cortó por lo sano:

-Verá; la mejor opción es recorrer tanatorios y funerarias y esperar que alguna unidad haya quedado por allí arrinconada. Yo le puedo dar un listado con todas las funerarias de Madrid.

Recorrí tres sin resultado y ya empezaba a impacientarme. En la cuarta tampoco la tenían, pero un conductor de coche fúnebre creía haber visto el modelo en las repisas de la otra funeraria que tenían en Usera. La joven de recepción fue tan amable de llamar a su colega para que confirmara si allí les quedaba un ejemplar de lo que empezaba a ser para mí el más preciado tesoro. Yo rezaba para que a ninguna familia se le hubiera ocurrido meter a su muerto en el modelito aquel. Por fortuna se lo confirmaron. De regreso al piso de mamá con el modelo U-212, volqué en la urna las cenizas protegiéndola como si fuera el objeto más débil que jamás pasara por mis manos. También me acordé de barrer con un cepillo de ropa que encontré en el dormitorio de mamá los últimos restos que las pisadas de Mirlo habían esparcido. A mi modo de ver, todo quedaba perfecto para superar una exigente inspección excepto que mamá podría notar algo de merma por las cenizas que Mirlo se había llevado en el morro. Así que para compensar esta posible pérdida me fumé allí mismo dos pitillos, usando la urna como cenicero. Después de removerlas para que no se apreciaran tonalidades discordes, el resultado me dejó muy satisfecho. Tal vez convendría añadir otras pocas cenizas de las que podía recolectar en los ceniceros de mi apartamento. Sólo quedaba recoger hasta la última brizna de la urna rota y deshacerme de los restos en algún contenedor alejado. Y me puse a esperar con cierta tranquilidad a que el Insero regresara de Canarias. Tan tranquilo que pasaba a regarle las plantas cuando me acordaba e incluso me había olvidado la fecha de su regreso hasta que mamá llamó histérica un atardecer y me creó un dilema:

-¿Has andado con las cenizas de tu padre?

-No, ni siquiera entré en el estudio –mentí con todo el aplomo que pude reunir.

-Ven para acá porque aquí pasa algo. Las cenizas están donde siempre y resulta que antes de marchar a Canarias se me cayó la urna por culpa del condenado taxista que no paraba de tocar el timbre. Te juro que yo la dejé rota en el suelo. ¡A ver si Clara va a tener razón con esto de los espíritus!





GANADOR XXXVII CERTAMEN DE CUENTO CORTO (LOCAL)



**María del Carmen
Alonso Asensio**

Doce días en Venecia

Relato Ganador del XXXVII Certamen de Cuento Corto (Local) M^a Del Camen Alonso Asensio

Dicen que las mujeres cuando aman entregan algo más que su cuerpo; entregan el alma. Aman tan apasionadamente al que creen que es su verdadero amor, que a veces se equivocan y después de entregar su cuerpo y alma, descubren que esa persona no era la elegida.

Deshicieron con prisa las maletas nada más llegar al hotel. Ilusionados y enamorados disfrutarían de doce días en Venecia. Era su luna de miel. Se habían jurado amor eterno y nada ni nadie podía impedirlo.

Cogieron el vaporetto mirándose a los ojos y con las manos entrelazadas hasta llegar a la Scuola Grande de San Marco. Allí, comprobaron que había mucha gente dispuesta a hacer lo mismo que ellos.

Él la ayudó a subir a la góndola y ella voló en sus brazos hasta que sus pies rozaron el interior para sentarse, a continuación, entre sus piernas apoyando la espalda sobre el fornido pecho de su marido.

Así recorrieron los casi cuatro kilómetros mientras la góndola, suavemente, se deslizaba silenciosa cual serpiente, trazando a su paso la perfecta S con la que se caracterizaba.





Fueron y volvieron al lugar de partida. Relajados, con los ojos cerrados, disfrutaron del paseo sin percatarse de las maravillas que iban dejando a ambos lados. Los enamorados no necesitan nada más para ser plenamente felices.

Un nuevo día amaneció en Venecia. El sol, la luz y su clima subtropical invitaban a salir a visitarla. Decidieron ir andando y casi sin darse cuenta se encontraban nuevamente ante la Piazza San Marco.

Subieron a la góndola dispuestos a disfrutar del paseo; abrirían bien los ojos y los sentidos para admirar todo lo que no habían visto el día anterior. Y así lo hicieron. Un joven moreno, alto y bien formado les explicaba cada detalle de sus orillas: el puente di Scalzi, el palacio della Cavalli-franchetti, el puente de Rialto. Bellísimi, comentó el gondolero lleno de admiración. El puente de los Suspiros, el de la Academia... La pareja estaba encantada y, a pesar de no perder detalle, les quedó mucho por admirar.

Al descender de la góndola ella comprobó que el joven gondolero era el mismo del día anterior.

El tercer día en Venecia les abrió los brazos y la visita en góndola seguía siendo obligada.

Sus pasos se dirigieron al familiar destino y se sorprendieron al ver al mismo gondolero. Él, rápidamente, se apresuró a coger de la mano a la mujer ayudándola a subir, mientras la saludaba con un ¡signora! Ella le sonrió abiertamente y el marido comentó: -¡qué casualidad! -Predestinazione- corrigió el gondolero.

Durante el trayecto sólo el marido admiraba su maravilloso paisaje. Ella no podía apartar la mirada del joven que, habilidoso, deslizaba la góndola. Sus miradas se cruzaron en innumerables momentos y aunque ella intentaba no mirarlo, sentía como si un imán los atrajera.

Aquella noche, mientras su marido dormía, un impulso superior a su voluntad la hizo salir sigilosamente de la habitación para dirigirse en busca del gondolero.

Dudó al atravesar la puerta de salida del hotel al exterior, sabía que no debía hacerlo y sin embargo ya no podía echarse atrás.

Recorrió a pie el camino desde el hotel hasta la Piazza San Marco. Esperaba que el gondolero no estuviera pero deseaba lo contrario. De lejos ya pudo verlo. De pie, en un lado de la góndola distinguió su figura recortada entre las suaves luces de las farolas.

Insegura llegó hasta él, parecía que la esperara, pues rápidamente se acercó a recibirla. Le tendió la mano para ayudarla a subir y se la besó mirándola a los ojos mientras la saludaba: - ¡signora! Ella bajó la mirada, incapaz de sostenérsela, y no pudo levantar la vista hasta estar acomodada en el interior de la góndola.

Él remó a lo largo del canal frente a ella y en el transcurso del paseo no pronunciaron palabra alguna. El gondolero seguía mirándola a los ojos y la mujer, aunque procuraba evitarlos, se encontró en no pocas ocasiones con ellos.





A la hora volvieron al punto de partida. Él, dedicándole su mejor sonrisa, la trasladó suavemente hasta tierra firme. Sintió un estremecimiento que la recorrió todo el cuerpo al notar su mano junto a la suya. No se dijeron nada, él continuaba sonriéndole y ella avergonzada desvió su mirada.

De camino al hotel y apretando el paso todo lo que podía, sus pensamientos se desbordaban. Se sentía culpable de aquella escapada, aunque bien mirado ¿de qué se sentía culpable? no había ocurrido nada, en ningún momento faltó a su marido, todo era una chiquillada y además no volvería a verlo.

Cuando entró en el dormitorio él dormía; se acurrucó junto a su cuerpo y así se quedó dormida.

Durante los tres siguientes días propuso otro itinerario; no quería volver a ver al gondolero, pero su cabeza no la dejaba disfrutar con su marido, ni de los paseos ni de la intimidad. Asustada, se preguntaba si estaba perdiendo la pasión que sentía solo con verlo y tocarlo.

¿Por qué la atormentaba la imagen del gondolero? ¿por qué no podía apartarlo ni un solo segundo de su mente?.

Aquella noche un impulso que no pudo contener le hizo saltar de la cama, vestirse rápidamente y salir sigilosa, como aquella primera noche del hotel, para acudir, veloz, a encontrarse con el joven gondolero.

De pronto se paró en seco ¿y si no estaba? casi lo deseaba, se lo quitaría de un plumazo de la cabeza. Estaba obrando mal, no debería ir. Tenía que olvidarlo y no obsesionarse con él. Eso era, se tranquilizó, es una obsesión, y a punto estuvo de volver sobre sus pasos y regresar junto a su marido. Pero no lo hizo, siguió hasta llegar donde pudiera distinguir la silueta del gondolero, y allí lo vio.

Volvió a dudar entre seguir adelante o volverse; volvió a pararse y al final se decidió por lo primero. Corrió hasta él y cuando sintió su mano agarrarle la suya y oyó murmurar: - ¡Signora!- no pudo dejar de mirarlo. Se sentó frente a él y sus ojos se hicieron uno solo parpadeando al unísono.

Llegaron hasta el puente de los suspiros; él dejó de remar, se aproximó a ella y sus labios se fundieron. Después se abrazaron y dejaron transcurrir varios minutos, que ella sintió eternos deseando que no se acabaran nunca.

Noche tras noche, ella acudía a su furtivo encuentro y sus abrazos y besos cada vez eran más intensos y duraderos. No necesitaban hablar el mismo idioma para entenderse ¡era tan feliz en sus brazos...! Sólo se sentía desgraciada cuando regresando al hotel y, tras deslizarse sigilosamente entre las sabanas junto a su marido, notaba como lo traicionaba. Ya no le atraía, no era capaz de acurrucarse pegadita a su cuerpo, de tocarle, de abrazarlo y de besarlo. Cómo decirle cuando le preguntaba, el por qué de su frialdad. ¿Que ya no sentía nada por él? ¿que aunque lo seguía queriendo no lo deseaba? ¿que era de otro de quien se estaba enamorando?





Él no se lo merecía. Era un hombre bueno, siempre fue correcto, amable y cariñoso con ella. Habían compartido muchos momentos juntos, buenos y malos y siempre había encontrado paz y consuelo en sus instantes más negativos. Nunca la había fallado y a su lado había sido siempre muy feliz ¿por qué ya no podía serlo?

Eran muchas las preguntas que se hacía y sólo encontraba una única respuesta:

El gondolero le había robado el corazón y ahora solo le pertenecía a él.

La última noche de su estancia en Venecia ella acudió a su clandestina cita. Él la recibió como siempre. Hasta entonces se habían alimentado de besos y caricias; ella había evitado llegar más lejos hasta estar segura de sus sentimientos, pero ahora ya lo estaba.

La góndola se detuvo como noches anteriores; él se acercó por detrás y ella notó su aliento cálido en la nuca que la hizo estremecer. A continuación le susurró dulcemente, no entendía las palabras pero las podía traducir en sus sentidos.

Y recortada al fondo por la luz de las estrellas, la Basílica de Santa María della Salute, fue testigo de su entrega.

Esa noche no volvería al hotel. Su marido encontraría una carta explicándole todo; de palabra y con él delante no hubiera podido decírselo.

Le decía lo mucho que lo quería, pero que no estaba enamorada de él, que ya no sentía nada porque su cuerpo y alma pertenecían a otro.

Le pedía perdón por el daño que sabía le estaba causando. Y para finalizar le recordaba cómo años anteriores cuando realizaron el viaje de fin de carrera a Roma, ella había arrojado dos monedas a la Fontana de Trevi. El primer deseo se había cumplido, pues habían pasado los tres primeros días de su luna de miel en Roma. Y en cuanto al segundo deseo, creyó que ya estaba hecho, pues pensó que el amor al llegar a Roma ya lo tenía, pero ahora estaba segura que no era el verdadero, puesto que el verdadero amor lo había encontrado en Venecia, que a fin de cuentas Roma de Venecia no estaba tan lejos.





Fuente: Laguna al Día